

Pedro Selva

## El vicio impune

**H**ACE tiempo buscaba un libro para leer, un libro largo, largo, de esos que duran, por cuyas páginas se entra uno como por una avenida de árboles, sin verle el término y que permiten caminar, soñando, pensando, deteniéndose, a veces, para atender a otra cosa y luego seguir al mismo paso, con el hábito ya de cierta voz, de cierta compañía y ciertos personajes. Un libro no demasiado atrayente, tampoco, ah, no! de ningún modo, apasionante, arrastrador: las delicias que esos procuran son intensas, pero, los devoramos, al menos yo me los devoro y consumo demasiado pronto, quedándome adentro el dejo triste de la fugacidad y una especie de vacío. No, yo no quería esas obras, pongamos, novelas que comunican al lector un ritmo demoníaco y lo hacen volar, página tras página, capítulo tras capítulo, en una especie de carrera hasta dejarlo exhausto. Vivo una época de paz. En medio de «la terrible inquie-

tud de la época moderna», habito una isla inmóvil. Y me gusta, no quiero perderla. Hay que cuidarse de los libros como de las personas, no entregar su amistad a cualquiera ni permitirles a todos que invadan nuestra soledad. Existen libros perturbadores, incitantes, como los hay serenos, de palabra lenta y clara, adaptables al cuerpo, que nos abrigan y sonríen. Si nos tomamos las medidas por el sastre para vestir un simple traje exterior, de quitar y poner, con más razón y cuidado debemos medirnos el espíritu antes de abrir un libro y embarcarnos en él a páginas desplegadas. ¿Resistiremos la travesía? ¿Nos llevará a donde queramos? ¿Qué personas vamos a encontrar a bordo? Todo eso conviene preguntárselo al libro, es decir, a nosotros mismos cuando, en un catálogo de biblioteca, vemos desfilar nombres y títulos. Recorriendo, no sin deleite, uno de los más nutridos y generosos en ofrecimientos de toda clase, pensaba: Hay que tener tino. Me voy al campo, está nublado, probablemente lloverá (en realidad, nevó) y quedaré largos días y largas noches solo. Me gusta estar solo, pero llega el momento en que busco alguien a quien decirle cuán grata es la soledad. Sin eso, resulta menos agradable, aun se puede volver penosa. El libro ha de ser bien elegido. Pese a mi experiencia, me he llevado varias decepciones. Pasé años con ganas de leer «Mlle de Maupin», la célebre novela de Gautier. La reservaba para una ocasión, la dejaba para después, iba acariciándola mentalmente como una golosina. Théophile era grande estilista, un

escritor magnífico; él se definió con la frase «un hombre para quien el mundo exterior existe». «Mlle de Maupin» sobrevive como su título perenne, es una obra maestra citada entre las cumbres. Hasta que cedí y me la llevé. ¡Todavía me dura en la boca y en el estómago la especie de asco, el empalagamiento, la indigestión de esa carne fofa, blanda, hinchada alrededor de un hueso mísero, presa hipertrófica, historia estúpida, del peor romanticismo contada con mil palabras y un candor, una inocencia, una superabundancia declamatoria!

He ahí lo que aventó y cauterizó el naturalismo, lo que explica la reacción feroz contra la escuela azucarada e idealista que Zola encarnó y cuya expresión perfecta la dió, mejor que nadie Maupassant. Maupassant, que, también, ¡ay! procuró un desengaño: sus novelas de la última época, las del pleno triunfo literario, social, económico, cuando tuvo acceso al gran mundo e intentó retratarlo, valen poco, quedan a leguas de los cuentos y «nouvelles» de los comienzos. Releí o, mejor, quise releer «Mont-Oriol». No pude. Cuando se acaba de pasar por Proust y por Sartre, ciertas páginas del maestro perfecto, cuadrado y sólido, nos vuelven del automóvil, del avión, al brioso, pero demoroso carruaje con caballos, magnífico de postura, demasiado lento, y, también, pomposo para nuestros gustos.

En «Mont-Oriol» un amante, mozo atlético, hombre de mundo, conquistador y rico, el propio autor, según parece, dos, tres, cuatro veces o más se arrodia-

lla, así, se arrodilla «a los pies de su amada». Yo me pregunto: ¿qué cosa actual, que detalle de hoy, que nosotros hallamos natural, imperceptible o elegantísimo irán a encontrar igualmente ridículo y absurdo o rechazante nuestros nietos? Otro libro que me llevé al campo y fué como si hubiera llevado de almohada una mata de quisco fué algo de Ruskin.

Varias veces me ha ocurrido igual cosa con Ruskin: me seduce por fuera, por lo que sé de él, por el influjo que tuvo sobre Proust, por los temas que trata y hasta por los títulos de sus obras: apenas intento abordarlo, me pincha los dedos y me lanza una descarga eléctrica. Imposible acercársele. Hasta que cojo sus libros y los devuelvo, no sin echarle maldiciones entre dientes, porque ni siquiera sé qué me provoca tal reacción.

Los libros están llenos de misterio; unos gozosos, otros gloriosos, otros dolorosos. Conviene cuidarse de ellos. Y no juzgarlos nunca definitivamente, porque si sus hojas impresas, materialmente, permanecen, nosotros, por nuestra parte, estamos en perpetuo devenir, así que nunca podremos dar fe de la misma obra... Sin embargo, una que me he traído, hasta ahora, va cumpliendo sus promesas largos años aguardadas. No es una novela, aunque la escribieron dos novelistas y está henchida de gérmenes novelescos. Tampoco es un ensayo, si bien podrían extraérsele muchos de varia especie, particularmente alrededor de la creación artística, sus interioridades, sus luchas, triunfos y derrotas. Es un libro dotado de una continua unidad y tan va-

rio que cada día evoluciona, se diferencia, se alarga, se acorta y vive de apartes e interrupciones. Libro frívolo, grave, menudo, ambicioso, hondo, superficial, más bien proyecto y materiales para libros que libro mismo, y, no obstante, tan concluído que nadie le pediría más composición ni más soltura. Escrito día a día, durante un vasto lapso, por dos enamorados del arte, un alma sola, rarísima, en dos cuerpos, el diario de los Goncourt, ese gran documento de la literatura francesa del siglo XIX, al mismo tiempo que me atraía, me inspiraba temor a sufrir un desengaño. Hasta este instante, la ilusión persiste y el placer inicial de su lectura no ha menguado.

Empieza el 2 de diciembre de 1851: «El Día del Juicio, cuando las almas sean llevadas al tribunal por grandes ángeles que, durante los largos interrogatorios, dormirán, a imagen de los gendarmes, el mentón sobre sus guantes de ordenanza, y Dios Padre, en su augusta barba blanca, tal como los miembros del Instituto lo pintan bajo las cúpulas de los templos, me interrogue sobre mis pensamientos, mis actos y las cosas vistas con la sencillez de mis ojos terrenales, ese día: Ah! Señor, le contestaré.— he visto un golpe de Estado»—. En ese tono de pompa irónica inauguran los hermanos sus nueve volúmenes, que podrían ser novecientos, sobre el día a día de sus ocupaciones y preocupaciones, todas orientadas hacia el oficio de escritor. La irrupción del segundo Imperio, por de pronto, les obscureció un libro que justamente aparecía en-

tonces y cuyo título «En 18...», despertó suspicacias, aunque no tan graves como las que después, por razones de moralidad, condujeron a los escritores ante la justicia. El Estado y las costumbres eran severos, entonces, con las letras. Después se han curado de espantos.

Los Goncourt nacieron sin prejuicios o con el único de la escritura artista, del saber escribir y escribir bien. Pero éste lo poseían a fondo, les había calado hasta la médula: vivían y luchaban para cultivar la prosa, para mejorar el estilo, para obtener mediante sabios efectos de palabras, una partícula de eternidad. Provistos de toda clase de materiales, ricos, sin ocupación, formaban el centro de un núcleo brillante unido por la afinidad estética. Un 11 de mayo. «Llaman. Es Flaubert a quien han dicho que tenemos cierta cantidad de documentos más o menos cartagineses y que viene a preguntarnos dónde está esa colección. Nos cuenta sus dificultades con la novela de Cartago (Salambó). No hay nada; para descubrir algo, necesita inventar cosas verosímiles... Se pone a mirar con el placer exuberante de un niño en una tienda de juguetes nuestros cartones, grabados, libros; y el pequeño museo lo entretiene una hora larga... Flaubert es muy grande, muy ancho de espaldas, con bellos y enormes ojos salientes y los párpados algo inflados, llenas las mejillas, el bigote rudo y caído, una tez martillada y con pintas rojas. Pasa cuatro o cinco meses en París, no va a parte alguna, ve a poquísimos

amigos, lleva la vida de un oso, la misma que Saint Víctor y nosotros. Este aislamiento del hombre de letras en el siglo XIX es curiosa cuando se la compara con la vida mundana de los literatos del siglo XVIII, de Diderot a Marmontel. La burguesía actual no busca al escritor sino cuando está dispuesto a representar el papel de animal raro, de bufón o de cicerone en el extranjero». Siempre los Goncourt, tras la anécdota, el rasgo personal, del dato histórico, abren una reflexión o lanzan una máxima abstracta, un juicio literario, a veces muy penetrante. Eso da aire al libro y lo aligera. Con Teófilo Gautier, Flaubert y Saint-Víctor, el tema deriva casi siempre hacia la técnica literaria, su banalidad, su importancia, sus excesos de refinamiento y la incapacidad del público para percibirla. «11 de abril de 1857. Una grande y ruidosa discusión sobre las metáforas. La frase de Massillon: «Sus opiniones no tenían que ruborizarse de su conducta» es absuelta por Flaubert y Gautier, pero la frase de Lamartine: «Practicaba la equitación... ese pedestal de los príncipes» es condenada inapelablemente. —De las metáforas pasamos a las asonancias. Flaubert sostiene que deben evitarse aunque cueste ocho días de trabajo. Luego, entre él y Faydeau se intercambian pequeñas recetas del oficio, agitadas con enormes gritos y grandes gestos, procedimientos de la mecánica del talento, enfática y seriamente expuestas, teorías pueriles y graves, solemnes; y ridículas sobre las maneras de escribir buena prosa, en fin, tanta

importancia dan a la vestidura de las ideas, a su trama y su color que el pensamiento se convierte en simple gancho para colgar sonoridades. Nos parece asistir a una batalla de gramáticos del Bajo Imperio». A veces se entra—estudian y entre—analizan: cierta dosis de maledicencia constituye un fuerte lazo de unión social. Hablan de Paul de Saint-Víctor y lamentan su falta de expansión cordial, su hermetismo; después de años y años de amistad íntima, de súbito, un rostro impasible, un saludo de hielo, como a los desconocidos. Flaubert lo explica por la educación religiosa, militar y de la Escuela Normal. Tres instituciones que imprimen carácter. En seguida, vuelta a la obsesión: «Calculando el ínfimo número de los que se interesan por la elección de un epíteto, por el ritmo de una frase, por la cosa bien hecha, exclama: ¿Comprende la imbecilidad de trabajar tanto por eliminar las asonancias de una frase o las repeticiones de una página? ¿Para qué, para quién? Y decir que jamás, si la obra triunfa, viene el éxito por donde uno soñaba... Lo que ha gustado en *Madame Bovary* son los aspectos «vodevilesco»... La forma, ah! la forma ¿quién del público se siente regocijado por la forma?... Sin embargo, Buffon en la Academia dijo: «La manera de enunciar una verdad es más útil al mundo que la verdad misma»... Flaubert enumera en seguida sus tres breviarios de estilo: La Bruyère, algunas páginas de Montesquieu, algunos capítulos de Chateaubriand». Ese grupo de hombres

ilustres que tanta gloria dieron a su siglo y resplandecen todavía como faros distantes, pero siempre encendidos, causan a menudo, vistos de cerca, la impresión de niños jugando a la inmortalidad. Se habla de religión, de filosofía, de metafísica. «Ved—dice Gautier, acercándose a nosotros—la inmortalidad del alma, el libre albedrío, es muy gracioso ocuparse de todo eso hasta los veintidós años; pero después hay que cambiar de diversión. Hay que preocuparse de tener una querida que respete nuestros nervios, arreglar conveniente su interior, poseer cuadros pasables... y, sobre todo, escribir bien. He ahí lo importante: frases bien hechas y todavía algunas metáforas; sí, algunas metáforas, es lo que adorna la vida...». Aforismo social: «No hablarles nunca de sí mismos a los demás, hablarles siempre de ellos, he ahí todo el arte de agradar. Todo el mundo lo sabe y todo el mundo lo olvida». Una pequeña novela, un casi argumento sacado de un episodio real que cuenta Bouilhet, el poeta amigo de Flaubert. Estudiaba medicina y trabajaba en un hospital como interno. Una monjita parece que, muy platónica, pero profundamente, se enamoró de otro estudiante también interno. Un día el pobre muchacho se ahorcó. Las monjas tenían clausura y sólo bajaban a la sala el día del Santísimo Sacramento. Pero esa hermana apareció a velar el cadáver, se arrodilló ante él y estuvo largo rato orando. El le entregó un mechón de pelo que había cortado para la madre. Ella lo recibió sin decir palabra y se retiró como si no lo hubiera visto, como

si no hubiera estado allí, en silencio». ¿Qué se proponían, a qué aspiraban los Goncourt con ese ímprobo trabajo de anotación diaria? ¿Cuál era la ilusión que los sostuvo en esa tarea, tan pacientemente llevada a cabo, durante tantos años? Hela aquí, en el primer tomo: «Acaso un día estas líneas que escribimos fríamente, sin desesperanza, enseñarán el coraje a los trabajadores de otro siglo. Sepan, pues, que después de diez años de labor, de publicar quince volúmenes, y de tantas vigiliass, de una conciencia tan perseverante, del éxito mismo, y de una obra histórica que tiene ya su sitio en Europa, después de esa novela en la cual nuestros mismos enemigos reconocen una «fuerza magistral», no hay una gaceta, una revista grande o pequeña que haya venido hacia nosotros y que nos preguntamos si la próxima obra que publiquemos tendremos que imprimirla a nuestra costa. —Esto cuando los más pequeños investigadores eruditos y los más mínimos escritor-zuelos de cuentos son editados, remunerados, reimpresos». De allá venían, hacia allá iban: del éxito a la inmortalidad, del presente hacia el porvenir, los ojos cerrados, la pluma en la mano, inclinada la cabeza, incansablemente. Y tan unidos, tan extrañamente gemelos, que ellos mismos se sorprenden a veces. Cuentan que, estando uno al extremo de una mesa, conversando, riendo, el otro sin poderlo oír, lo miraba y por instinto, sonreía como él y, como él, se ponía la mano en la mejilla; escuchaba . . . Pues bien, este es el libro que he encontrado, que me traje, que estoy leyendo y to-

avía no me decepciona. Ah! si pudiera decírselo al par de locos si esos literatos tan ávidos de inmortalidad que lo sacrificaban todo, fiestas, amigos, mujeres, por la embriaguez de escribir, supieran que alguien, en el último rincón del mundo, casi cien años después, se encerraría a charlar familiarmente con ellos en la soledad de los montes, al otro lado del mar, en un mundo tan lejano y diverso del suyo como podría serlo otro planeta. Y que, justamente, lo que le seduce y acompaña en su libro, es eso que suele inspirar terror: el tener muchos tomos, el ser un libro largo... Creo que serían capaces de resucitar.

San Francisco de Las Condes, agosto de 1948.